

Todo fracasó; pero cuando después del palabreo y la frase vino la hora de la derrota, y el desengaño sumió a los inconscientes optimistas en la melancolía, responsables como eran de la muerte de tantos españoles que fueron a defender una causa perdida, las cosas cambiaron y se vieron de otro modo. El pensamiento de Prim cobró entonces prestigio. Algunos de los que lo habían calificado de traidor, tuvieron el gesto honrado de reconocer la obcecación en que habían estado. Homenaje a Prim que vale la pena de subrayar por lo excepcional que resulta en política, campo en que no florece precisamente la generosidad y en el que con demasiada frecuencia los errores perviven por encima y a pesar de las graves lecciones de la historia.

## CANDIDATOS A LA CORONA

Una monarquía sin rey y con una Constitución monárquica que era, en definitiva, lo que había en España con la regencia del general Serrano, sobre ser el mayor de los absurdos, constituía, además, un fermento constante para la lucha armada, hartamente inclinada como estaba a ella el pueblo español desde los comienzos del siglo.

La cuestión era ardua porque se había creado un ambiente contra los Borbones que el gobierno no podía dominar y que el propio Prim fomentaba en declaraciones en el Congreso, en manifiestos y en los artículos de la prensa que le era adicta.

La ex reina Isabel había mantenido algunas esperanzas en favor de su hijo, pero sus insinuaciones, pequeñas intrigas, gestiones y tanteos (que de ahí no pasó la cosa), encontraron siempre la negativa rotunda del general Prim, quien persistía en su estribillo, popularísimo por entonces en España: "Borbones, jamás, jamás y jamás".

¿Cómo explicarse esta anómala situación? Lo intenta un historiador: "Al frente de la regencia estaba el duque de la Torre, anulado por Prim. La Constitución, violada<sup>1</sup>, en suspenso; el Parlamento, agotado. La hacienda, exhausta, y la revolución, jadeante y gastada. Lo único positivo era la existencia del dictador. En Prim radicaban las esperanzas y el secreto del porvenir"<sup>2</sup>. Pero en torno a él se habían concitado también los odios y las pasiones

<sup>1</sup> Se promulgó el 6 de junio de 1869.

<sup>2</sup> ANTONIO BALLESTEROS. *Ob. Cit.* Vol. VIII, pág. 157.



políticas; si era esperanza para muchos, era también terror para los que veían entre sus cualidades la de no retroceder ante nada, y entre sus virtudes políticas, la de la constancia. Cualidad y virtud que le hacían llevar a buen fin los proyectos más absurdos y, al parecer, irrealizables, como aquella serie de gestiones, que se pueden calificar de mendicantes, que realizó cerca de las cortes extranjeras con el fin de encontrar un príncipe temerario capaz de ceñir la corona de España.

Entre sus adversarios, los republicanos eran los más temibles, no sólo por el estado de opinión que habían alcanzado en el país una vez destronada Isabel, sino por la capacidad oratoria de Castelar, que atacaba furiosamente al gobierno en plena Cámara, para terminar con esta diatriba contra el Presidente del Consejo: "¿Sabéis cuál es el Dios del general Prim? El acaso. ¿Sabéis cuál es su religión? El fatalismo. ¿Sabéis cuál es todo su ideal? Lo presente. ¿Sabéis cuál es su objeto para el porvenir? Vincular el poder en su partido. A eso lo sacrifica todo". Lo peor era que estos ataques eran celebrados por los unionistas, incapaces de enfrentarse directamente con Prim. No le perdonaban el magnífico juego de prestidigitador mediante el cual se había apoderado, para su provecho ideológico, de una revolución a la que ellos habían prestado su ferviente apoyo.

Había también otra razón: Topete seguía con la idea de coronar a Montpensier, proyecto al que Prim se oponía, no sólo porque en aquel momento acariciaba la idea de la unión hispánica —ya vieja en él y que veía factible como nunca con la entronización de un príncipe lusitano—, sino por el compromiso que tenía desde la época de sus conspiraciones, con Napoleón III, receloso siempre, como era natural, de un rey de la familia de los Orleáns al otro lado de los Pirineos.

Ante una interinidad demasiado larga, y frente a los rumores que corren de que está fomentando con la situación las esperanzas de los partidarios del príncipe Alfonso, Prim insiste, siempre seguro de sí mismo, en su pensamiento inquebrantable: "Las palabras jamás, jamás, jamás, que un día salieran aquí espontáneamente de mi pecho, como expresión de mi más íntima y sincera convicción, hoy las repito con más fervor, si cabe: la restauración de don Alfonso, jamás, jamás, jamás".

Si Montpensier no era grato, si los Borbones no habían de regresar jamás, era necesario buscar un príncipe, y esta misión, esta empresa descabellada y al parecer destinada al fracaso, se la cargó Prim a sus espaldas y quiso llevar él mismo el peso de las responsabilidades futuras por los caminos de la aventura.

Uno no puede menos de pensar que a veces la vida de los hombres políticos está llena de contradicciones, difíciles de comprender. ¿Cómo explicarnos, por ejemplo, que Prim fuera el desbaratador de la monarquía en México? Se dirá que el caso era muy diferente; pero no hay que olvidar que él había hecho coro a las burlas con que acompañaban algunos comentaristas las gestiones de los mexicanos que de corte en corte europea iban mendigando un rey. A Prim le tocó realizar esta misma labor unos años después, buscando un príncipe que, si al fin se avino a la aventura, fué lo bastante prudente para no terminar como Maximiliano, aunque quizá hubiese llegado al mismo final de no haber sabido retirarse a tiempo. La condición de extranjero que le imposibilitó tanto a Maximiliano el instituir su imperio —razón, entre otras muchas, expuesta por Prim para justificar su proceder en México—, la tenía también Amadeo I de Saboya en España, príncipe, al fin, elegido para el sacrificio.

Pero antes conozcamos a los pretendientes o, para decirlo mejor, a los festejados por el marqués de los Cas-



tillejos, ya que el único pretendiente fué el duque de Montpensier, a cuyo favor estaban Topete, Serrano, Ayala y algunos unionistas, en verdad muy pocos. El duque de Montpensier favoreció la revolución con la esperanza de substituir a su cuñada en el trono; pero no consiguió la simpatía del pueblo español, que veía en él un francés, un extranjero. Aunque intrigó hasta el extremo de intentar que Prim fuese substituído en la Presidencia del Consejo —maniobra que Serrano se dispuso a favorecer sin medir sus escasas fuerzas<sup>1</sup>—, sus ilusiones viéronse al fin frustradas por un episodio doloroso para la familia real, que contribuyó todavía más a acarrearle la injustificada impopularidad de que tanto se dolía.

A raíz de la pasión política que se había despertado en España por la persona que había de ocupar el trono, el infante don Enrique, hermano del rey Francisco de Asís, liberal e incluso pronunciado en una oportunidad contra el gobierno de su cuñada Isabel II, se declaró autor de un escrito injurioso para el duque, en el que lo motejaba de "hinchado pastelero francés", entre otros epítetos. Montpensier no supo tener la prudencia que las circunstancias aconsejaban, sino que desafió a don Enrique. El duelo, estipulado en durísimas condiciones, tuvo efecto en la madrugada del 12 de marzo de 1870. Al tercer disparo del duque, el infante se desplomó. La bala había penetrado en el cráneo de don Enrique, que a los pocos segundos moría en brazos de sus padrinos, elegidos en el partido republicano<sup>2</sup>, pues don Enrique —a semejanza de su primo francés Felipe Igualdad—, no sólo había luchado contra el absolutismo, sino también en favor de las ideas republicanas.

<sup>1</sup> Episodio ya transcrito. Véase más atrás, págs. 394-95.

<sup>2</sup> Apadrinaron a don Enrique, los diputados republicanos García López, Rubio y Santamaría. Los del duque fueron los generales Córdoba, Alaminos y su ayudante el coronel Solís.

El cadáver del infante de España fué encontrado al día siguiente en la Dehesa de los Carabancheles y trasladado a Madrid. El día 15 su entierro sirvió de pretexto para una manifestación republicana, que si bien no fortalecía precisamente al partido, era un golpe mortal para la candidatura de Montpensier, pues a pesar de que la versión oficial atribuía la muerte a un accidente, se propaló la verdad. En que se conociera ésta no dejaban de estar interesados los republicanos, los borbonistas e incluso el mismo Prim, a quien la tragedia entre los dos príncipes brindaba facilidades extraordinarias para deshacerse del pretendiente más temible, tanto por su cuna como por su esposa, y también por los incondicionales con que contaba: El egoísmo de Montpensier, su ansia de ceñir la corona, no fueron suficientes para dominar su deseo de escarmantar a los calumniadores, si calumnia era calificarlo de desagradecido hacia su cuñada la ex reina Isabel, como le había dicho don Enrique.

Candidato español, patrocinado por algunos progresistas y —al revés de Montpensier— popular hasta el extremo de organizarse manifestaciones a su favor, lo fué Baldomero Espartero, figura del progresismo, retirado a la vida privada, el que debió ver con espanto, aunque seguramente un poco halagado, el proyecto de coronarle rey, ya que no de iniciar una dinastía, carente como estaba de descendencia.

Prim veía con no disimulada contrariedad las maniobras de los esparteristas, que a toda costa querían convertir en rey de España a su ídolo. Caso raro, insólito y por demás absurdo, porque la corona de un pueblo se conquista, como la conquistó Napoleón, pero no se ofrece al hijo de un arriero, ya viejo, encerrado en Logroño, sin fuerzas, no ya para luchar, sino para sostener el cetro que los españoles querían brindarle. Este episodio explica más que cualquier comentario el estado de desorientación



del pueblo español y la ceguera en que vivía. Elegir a Espartero hubiera sido continuar con la interinidad, provocar la hilaridad de Europa y —cosa peor— la guerra civil en España. De prosperar este tipo de candidatura, alguien se hubiera preguntado si no habría sido mucho más lógico, de acuerdo con los acontecimientos, que Prim hubiese cogido para él cetro y corona, como alguno le aconsejaba ya.

La pasión de los esparteristas llegó a tal grado, que el conde de Reus se vió obligado a escribir a Baldomero Espartero preguntándole cuál sería su proceder si las Cortes le ofrecían la corona. Hasta Logroño acudieron comisiones de diputados progresistas, a fin de inclinar a Espartero a la aceptación. El viejo luchador debió pensar que todo aquello no era más que un delirio o una pesadilla de su edad, y contestó a Prim, como si no atinara a comprender lo trascendental de su determinación ni se le alcanzara la importancia de la pregunta, que sus muchos años y la poca salud de que disfrutaba no le permitirían desempeñar tan alto cargo. "No cabe mayor vulgaridad —ha escrito un historiador— en tan pocos vocablos"<sup>1</sup>. Ello no fué obstáculo para que sus partidarios, en competencia de vulgaridades y en un lenguaje absurdo, escribieran un manifiesto, del cual son estas huecas palabras, pero reveladoras de hasta qué punto la gente se llenaba la boca de frases altisonantes y sin sentido, que por lo visto satisfacían el anhelo liberal de unos cuantos ingenuos: "Los que, como Espartero, reinan en el corazón nacional, son reyes de derecho en el alto sentido moral del constitucionalismo democrático..."

Vinieron entonces las gestiones oficiales cerca de las cortes europeas, algunas llevadas personalmente por Prim; gestiones que alcanzaron resonancia en Europa y tienen

<sup>1</sup> Antonio BALLESTEROS *Ob. Cit.* Vol. VIII, pág. 162.

gran interés para España. El único capaz de cargarse el peso de tantas responsabilidades era Prim, a quien vemos entonces con una constancia y una capacidad de trabajo sorprendentes, porque jamás se cansa, en ningún momento desfallece, frente a ninguna contrariedad e intriga varía su plan. Tan firme se le ve, tan admirable es su actitud, de tantas dotes políticas hace gala al mismo tiempo, que los mismos ataques de sus adversarios constituyen el máximo homenaje a su persona. El lo era todo en la España de aquellos días, y hubiera podido proclamarse rey si a su prudencia política no hubiese acompañado, don magnífico por lo raro, la sensatez, virtud reconocida por los mismos que le combatían. Esto nos explica que el diputado progresista Pascual Madoz dijera ante el cúmulo de rumores nacidos de la sin par situación: "Tendremos rey cuando don Juan quiera y el que quiera". La meta, al fin conseguida y prevista por los incondicionales, estaba, no obstante, todavía lejos.

Los progresistas, y Prim entre ellos, pensaban en la unión hispánica, anhelaban la idea de convertir la unidad geográfica de la Península en una unidad política, por lo menos en lo que fué España desde Felipe II a Felipe IV. Este proyecto de unidad no pasó de ser un noble ideal y, por lo tanto, no se estudiaron muy detenidamente los factores adversos, como lo era, por ejemplo —dado el arraigo que la nacionalidad hispana tiene a su independencia—, el temor de que le sucediera a Portugal lo que a Cataluña, atada a las leyes políticas de Castilla después de haber perdido en una agonía lentísima, y por lo tanto dolorosa, sus libertades. Además, no se había consultado para nada a los portugueses, factor esencial para que el proyecto pudiese tener cierta viabilidad.

Surgió así la candidatura de don Fernando de Portugal, que en aquel entonces estaba retirado de la vida política, reinando su segundo hijo, Luis I.



Don Fernando, hijo del duque de Sajonia-Coburgo-Gotha, nacido en Viena el 29 de octubre de 1816, había casado en 1836 con la reina María II. El rey consorte, a diferencia de Francisco de Asís, se había mantenido alejado de la vida política de Portugal hasta que murió su esposa —1853— y hubo de desempeñar la regencia, pues el heredero, Pedro V, contaba tan sólo dieciséis años de edad. Dos años ejerció la regencia del reino, y cuentan las historias que se “granjeó el cariño de sus súbditos”. Al enviudar, casó con una cantante llamada Elisa Hensler, amor desinteresado y tan sincero, que hizo que le legara al morir —15 de diciembre de 1889— toda su fortuna.

Así pues, hacia don Fernando se dirigieron los ojos de algunos progresistas españoles y los del mismo Prim, quien encargó al representante español en Lisboa, Cipriano del Mazo, la difícil tarea. Se hicieron tanteos cerca de las cortes europeas, que no desaprobaron la elección. El emperador de los franceses incluso había escrito al rey de Portugal Luis I manifestándole su agrado por la candidatura.

Una comisión española se disponía a salir para Lisboa a ofrecer formalmente la corona a don Fernando, cuando éste, inesperadamente, anunció al gobierno español que no podía recibir a los delegados. El paréntesis que esta actitud abrió en las negociaciones volvióse a cerrar cuando el ministro portugués en Madrid, Andrade Corvo, explicó el sentido del telegrama, en ningún aspecto ofensivo para el gobierno español. Cipriano del Mazo, que al parecer no había obrado con el tacto que su difícil misión aconsejaba, fué substituído por Angel Fernández de los Ríos; éste logró de don Fernando, por lo menos, una buena disposición para examinar el proyecto. Prim, entonces —22 de julio de 1870—, le escribió ofreciéndole la corona de España. El antiguo regente de Portugal respondió exigiendo condiciones, algunas de ellas inacepta-

bles, como las que hacían referencia a su segunda esposa, la ex cantante Elisa Hensler.

Al fin todo fracasó, debido, en gran parte, al escaso entusiasmo que puso don Fernando en su candidatura, y a su poca ambición de poder, que se había manifestado ya anteriormente, cuando le fué ofrecida sin resultado alguno, a raíz de la abdicación del rey Otón, la corona de Grecia.

Algunos pensaron también en don Luis I, el rey de Portugal; pero el proyecto era demasiado arriesgado, ya que hubiera representado *ipso facto* la realización del ideal progresista de la unidad hispana, y no hubiera sido grato a Inglaterra. En otros aspectos tampoco resultaba viable: don Luis era, como su padre, más aficionado a las bellas artes que a la política, y tenía ya bastantes quebraderos de cabeza en Portugal para meterse además en el hervidero español. Aparte de ello, se había negado a figurar como candidato, y su actitud imposibilitaba desde el principio cualquier tanteo<sup>1</sup>.

Se había pensado también desde tiempo atrás, y quizá ya se realizaran gestiones en el período revolucionario, en una familia reinante, de tendencias liberales y simpática, por lo tanto, a los revolucionarios españoles. La casa de Saboya parecía reclamar estas simpatías, y en ella se fijaron Prim, el ministro de Estado Cristino Martos, Ruiz Zorrilla y otros liberales. ¿Por cuál de sus miembros se había de inclinar el gobierno español? Formalmente se

<sup>1</sup> A pesar de ello, en Lisboa circularon pasquines de este tono: “La unión de España y Portugal es necesaria a la felicidad de ambos países... Gritemos con todas nuestras fuerzas: ¡Viva la unión ibérica! ¡Viva don Luis, soberano de los dos países unidos!... Portugueses: No perdamos la ocasión que la Providencia nos ofrece de ser un pueblo grande, formando una nación que será la evidencia del mundo, porque podrá dictar leyes a todos y no obedecer a nadie... Portugueses: ¡Viva la Unión Ibérica! ¡Creed en los hombres libres que han pensado en la grandeza de su país y en la felicidad de sus compatriotas!”



dirigió al duque de Aosta contando con el beneplácito de su padre; pero el duque se apresuró a renunciar, sin duda muy bien aconsejado por lo que puede deducirse de la carta que escribió a su padre, Víctor Manuel, en la que se lee: "¿A qué soy llamado? A regir los destinos de un país dividido, trabajado por mil partidos. Esta tarea, ardua para todos, lo sería doblemente para mí, completamente ajeno al difícil arte de gobernar. No sería yo ciertamente quien gobernara, sino que me impondrían la ley los que me hubiesen elevado al poder. Estas razones son bastante poderosas para decidirme hoy mismo a poner en manos de V. M. mi formal renuncia a la corona de España..."

Las razones alegadas se ajustaban demasiado a la realidad para no pensar que, entre los informes que sin duda debió solicitar el duque, dejara de llegarle alguno de Montpensier, más que interesado en ir eliminando candidatos, ora al duque de Aosta, ora al de Génova, sobrino del rey de Italia, a quien se dirigió después el gobierno español con idéntico resultado. Fueron inútiles las gestiones de Prim y el tacto y habilidad con que desarrolló su gestión Francisco de Paula Montemar, ministro de España en Florencia. La madre del duque de Génova temía por la vida de su hijo: pensaba que la corona de España había de acarrearle múltiples desgracias. A su influencia debióse principalmente la renuncia del sobrino del rey de Italia, que contaba entonces veinticinco años de edad, y cuya poca ambición para ceñir la corona le ayudó mucho a seguir los consejos de su madre, llegados a él por conducto del segundo marido de la princesa italiana, el marqués de Repallo.

Con la negativa del duque de Génova —1869— habían de abrirse nuevas negociaciones, que sirvieron de pretexto para la guerra entre Francia y Prusia, con el resultado final de la caída del Segundo Imperio. Nos refe-

rimos a la proyectada candidatura de Leopoldo de Hohenzollern-Sigmarigen.

Leopoldo de Hohenzollern reunía, en opinión de Prim, una serie de ventajas. Casado con la hija del rey Fernando de Portugal, su elección podía satisfacer en parte a los que habían acariciado el sueño de la unión hispana; el hecho de su matrimonio ya constituía por sí solo un paso, si no para la fusión de los países, por lo menos para cimentar las bases de una firme inteligencia. Era, además, católico, garantía para no despertar recelos entre el pueblo y la aristocracia, acostumbrados a la penetración entre el poder real y la Iglesia, y recién salidos del fanatismo, aunque resultara formulario y externo, de Isabel II. El príncipe, desconocido en España, tenía el gran defecto de su apellido, cuya pronunciación resultaba difícil y por demás contraria al genio del idioma castellano. El pueblo debía ya tomar un poco en broma tanta gestión y tanto traqueteo principesco, porque, una vez divulgada su aceptación, dió en llamarle —mal síntoma para empezar— "Ole-Ole-si-me-eligen".

La candidatura de Leopoldo de Hohenzollern, hijo del príncipe Carlos Antonio, más que por el gobierno español fué lanzada por Bismarck a través de la prensa alemana y de una carta escrita por un banquero prusiano al regente de España. Así, al parecer —pues todo resulta extraordinariamente confuso—, vino a caer en el pensamiento de Prim y en el del gobierno, el príncipe Leopoldo, de treinta y cinco años de edad, al que debió sorprender la designación, lejos como estaba de sospechar siquiera que pudiera pensarse en él para tan alto honor.

Bismarck sabía que al lanzar la candidatura provocaría la indignación de Francia y de una manera especial de Napoleón III, quien, ante la baraja de candidatos al trono español, había dicho que se opondría resueltamente a un príncipe prusiano.